





M 1130



**CARTA**  
**DEL P. ALONSO LO-**  
**BERA DE LA COMPANIA**  
**DE JESUS,**

ReCTOR del Colegio Maximo de San Pablo, para los Superiores de las Casas, y Colegios de esta Provincia del Perù, sobre la muerte, y exemplares virtudes del Padre Pedro Foronda, de la misma Compañia.

**PAX CHRISTI. &c.**

**E**N seguimiento del triste aviso, que por la precision del Correo pasado, di entonces à toda la Provincia, de la muerte sola del P. Pedro Foronda, para que no se le demorassen los Sufragios, que acostumbra nuestra Compañia, sale al presente esta Carta, dando à luz, aunque en compendio, sus exemplares virtudes, para templar algun tanto con su grata relacion la dolorosa pena, que con razon nos affige, por la falta de un Varon, cuya vida, siendo amable

A

ble

Matth. 5.  
48.

ble para todos, afsi por la suavidad de su genio, como por los incentivos al amor de las virtudes, que su religioso trato, y conocidos exemplos ministraban, era à la verdad mucho mas digna de apreciarse conservada en este Maximo Colegio, para que nuestra Juventud religiosa, que en èl mora, tuviesse siempre à la vista el exemplar admirable, de un verdadero Jesuita, à quien saber imitar: sale trasladando à breves clausulas la heroycidad prodigiosa de ilustrisimas acciones, con que una religiosa vida se hace siempre respetar de aquellos que las atienden: sale en fin para mostrar, una fiel ajustada copia de aquella alta perfeccion, que pide Christo à los que lo siguen, èmula de la que gozò su Padre Celestial: *Estote perfecti, sicut & Pater vester Cœlestis perfectus est.* Mas siendo la breve relacion, que ofrezco, solo un ligero compendio; pondrà unicamente ante los ojos las principales virtudes, que nos dieron mas à conocer sus singulares exemplos.

Nació el P. Pedro en la Ciudad de Lima de Padres Nobles, Ricos, y virtuosos, que procuraron criarlo en el temor de Dios, è instruirlo, por medio de eruditos Preceptores en los primeros rudimentos de la Gramatica, y Latinidad: los que conseguidos con aquella perfeccion de que es capáz una edad tierna, lo entraron à nuestro Colegio de San Martin, para que formado en èl en la Jurisprudencia, pudiesse lograr despues aquel respetoso honor, à que suelen elevar las Letras, y conveniencias à los principales Sujetos de este Reyno; mas el P. Pedro, llevado mas del distinguido caracter, que imprimen las virtudes en el Alma, estando ya para acabar, con conocidas ventajas, la Jurisprudencia, pidió con grandes instancias à nuestros Superiores ser admitido en nuestra Compañia: y conseguida èsta, empezó en su Noviciado à echar aquellas fecundas ray-

rayzes de virtudes, que produxeron despues los perfectissimos fazonados frutos, que todos experimentamos.

Concluido con aprobacion comun de todos su Noviciado, y perficionado en la Latinidad, que ensena nuestro Seminario, passò à este Colegio de San Pablo, en donde, sin dexar de las manos el exercicio de las virtudes, se aplicò con tan incessante desvelo al estudio de las Artes, y Theologia, que obtuvo siempre, entre sus condicipulos, las primeras funciones literarias, que desempeñò con lustre, y credito de la Religion. Finalizados los estudios, y promovido dignamente al grado de Sacerdote, fue embiado à la tercera Probacion, donde tuvo poco que hacer en conservar aquellas virtudes, que no havian sido perturbadas con el trafago de los estudios; y assi solo procurò elevarlos à la mas estricta perfeccion, y augmentarlas con otras nuevas, proprias del estado Sacerdotal: lo que conocido bien por los Superiores, lo pasaron, acabada su tercera Probacion, à nuestro Noviciado, para que con el officio de Ministro, à que iba destinado, hicièssè tambien brotar, con el riego de sus religiosos exemplos, las flores de las virtudes en aquellas tiernas plantas, que allì empiezan à cultivarse, para dàr à sus tiempos dignos escogidos frutos. Dedicòse aqui el P. Pedro, con tanto anhelo à la educacion de nuestros Novicios, que al mismo tiempo, que hallaban todos en èl las entrañas amorosas de una compasiva Madre, experimentaban el zelo de un recto Padre, procurando cumplièssen exactamente con las obligaciones religiosas, en cuya atildada observancia era siempre èl el primero.

No durò mucho tiempo en este vergel, ameno el P. Pedro, porque siendo forzoso à los Superiores proveer al Colegio de San Martín de un Ministro zeloso, prudente, y exemplar, que aplacasse con destreza,  
y dif-

y discrecion unos ruidosos alborotos, causados por la gente moza, y libre de este noble Seminario juzgaron, que el mas apropósito para conseguir tal fin, sería sin duda alguna el P. Pedro. No se engañaron en su juicio, pues luego, que entrò al Colegio este nuevo Ministro, entrò tambien en èl la paz, y serenidad, que continuaron en adelante por haver el P. Pedro con los heroycos exemplos de sus virtudes, y graves exhortaciones, que les hazia los Sabados en la Capilla, no solo mudado aquellos pueriles animos en reposados varones; mas tambien encendido à muchos de ellos al amor de las virtudes, que le miraban practicar, como hasta ahora lo publican los alumnos de aquel tiempo.

Asi pasó el P. Pedro sus primeros años de Religion, hasta que pareció conveniente à los Superiores traerlo à este Colegio de San Pablo, para que enseñase en èl à nuestros religiosos Jovenes la Philosophia; cuyo magisterio acreditò muy bien con los discipulos que logró, aprovechados en letras, y virtudes; porque no solo les dictaba la Philosophia Aristotelica; mas tambien con sus exemplos, y continuas exhortaciones los encendia en el amor de la Philosophia Christiana, y religiosa, que es el principal fin, à que deben encaminarse nuestros estudios, para aprovechar despues à nuestros proximos.

A esto solo aspiraba el zelo del P. Pedro; y así dexadas las Cathedras de Theologia, empezó à explicar las velas de sus ardientes deseos de la salvacion de las Almas, en una continua incessante aplicacion al Confessionario, yendose todos los dias à la Iglesia desde los tres quartos para las siete de la mañana, hasta que no huviesse ya mas hombres que confessar: y se aplicaba de mejor gana à estos, que à las mugeres, por juzgar, que à estas como mas dociles, y devotas, nun-

ca les falta, quien se haga con gusto cargo de su espiritual conducta. Mientras no se le acercaban penitentes, se ocupaba desde dicho lugar en oír sumamente atento las Missas, que se decían, por devoción al venerable Sacramento del Altar, cuya visita repetía, por largas horas, en la tarde, después de haver corrido la de los Altares, para ganar las copiosas Indulgencias, concedidas à este tan santo exercicio. Todo el tiempo, que tuvo entera salud, no dexò jamas de celebrar este santo Sacrificio, preparandose para èl con continuas escrupulosas confesiones, y con larga fervorosa oracion; pues todos los dias se levantaba una, y dos horas antes de la Comunidad, para emplearse unicamente en este necesario, y provechoso trato con Dios, en que proseguía, después de acabada ya la Misa, recogido aun mas en su interior, que en su proprio aposento, à donde se retiraba.

Llevado de este fervoroso zelo de salvarle Almas à Dios, aun ocupado en el cargo de Procurador General de la Provincia, que exercitò por espacio de ocho años, mediante sus conocidos talentos, y amor à la Religion, con notable utilidad de dicho officio, dedicaba todas las tardes, que no tenia embarazo preciso de dicho cargo, al Hospital de S. Andres, oyendo en èl de confesion à los enfermos, asistiendolos con regalillos para mejor captarles las voluntades, y disponiendo à los moribundos con tal conato, y fervor, que llegó à maltratarsele la cabeza, por los pestiferos halitos, que despedían de sus lechos, y cuerpos, los enfermos, y moribundos: razon por que fue preciso, le ordenasse el Medico de este Colegio, se retirasse del todo de este su humilde apetecido ministerio; el que convirtió en confessar gustoso à la gente desvalida, y pobre, teniendo por hijos espirituales à los Negros, y otros pobres destituydos, muchos de los quales acreditan en la per-

feccion de sus obras, y christiandad la que tenia, el que así los guiaba en el espíritu. Hizose cargo de varios años à esta parte, por hallarse ya reparado de la molesta destemplanza de la cabeza, que le havia causado con sus pestíferos estuuios el Hospital de San Andres, de nuestras dos Enfermerias de Morenas, y Moreno's, à quienes asistia con amorosos desvelos, confessandolos, y disponiendolos para la muerte, y cuidando, despues de fallecidos, no solo de enterrar sus cuerpos, mas tambien principalmente de que se aliviassen sus Almas, avisando por este fin, con sollicito cuydado à los sujetos señalados para decirles las Missas, por si acaso no huviesse llegado à su noticia, el estar destinados por la Religion para tan christiana charitativa obligacion.

Dotòlo Dios de un genio sumamente compasivo, y charitativo; pues no havia necesidad, que el supiesse, que pudiendola remediar, no lo hiciesse con pronto, excesivo gusto. Por esta causa decia se alegraba unicamente, tener à su cargo la Congregacion de Nra. Sra. de la O; pues con las crecidas limosnas de las Missas que esta reparte mensualmente, aliviaba con larga mano à muchissimos necesitados; y aun siendo ellas tan excesivas, no le bastaban para faciar sus desmedidos deseos de socorrer à los Pobres, è indigentes: razon por que su piadoso corazon solcitaba tambien de otras personas charitativas modos, y medios, con que poder ayudarlas; los que conseguidos en varias limosnas, que le daban, para que por sus manos se repartiessen, eran el mas grato alago de sus compasivos deseos. Quan gratos fuessen à Dios estos sus charitativos deseos, lo mostrò bien su Magestad, haciendo, que al cuydado del P. Pedro, creciesen las rentas de dicha Congregacion al auge, en que jamas se han visto; pues quando todas las mas obras pias de esta Ciudad que-



quedaron con el Temblor de 46. quasi del todo arruinadas en sus rentas, las de su Congregacion se aumentaron en muy notables cantidades.

Para promoverla, no solo en lo temporal, mas principalmente en lo espiritual, el mismo salia en persona todos los Sabados à convidar à sus congregados à las pláticas de los Domingos, en las que con fervoroso zelo los exhortaba à evitar los vicios, y servir à Dios con perfeccion: y como oian à un Predicador, que no solo en las palabras, mas tambien en las obras, mostraba lo que les decia, se aprovechaban fructuosamente de sus Pláticas, repitiendo confesiones, y comuniones, no solo en las fiestas principales de Christo, y de su Madre, mas aun en dias particulares. Ni es de estrañar aprovechasse assi à sus proximos en pláticas publicas espirituales, quando aun en conversaciones familiares les procuraba con destreza infundirles este provecho, meselandoles siempre en ellas algo espiritual, y poniendoles à la vista los defengãos del Mundo, la brevedad de la vida, y otros casos semejantes, que produxessen en sus Almas el perfecto conocimiento, y solida estimacion de los verdaderos bienes.

El tiempo, que no estaba en la Iglesia, ò en sus ministerios espirituales de ayudar à nuestros Morenos enfermos, lo gastaba en su aposento en el estudio continuo del Moral, y en la lectura de libros espirituales, con recogimiento tan grande, que jamas se le viò en aposento ageno, sino para cosas muy necessarias, ò religiosas politicas atenciones, y esto con licencia que tenia pedida à los Superiores para semejantes casos. Retirado assi el P. Pedro à su aposento, eran para el siempre nuevas, todas las cosas que passaban, no solo en la Ciudad, mas aun en el proprio Colegio, sin preguntarlas curioso, ni quererlas escuchar; por que decia  
fre-

frecuentemente, que no siendo pertenecientes à la persona, no se debia meter en ellas, sino dexarlas correr como quisiesen; viniendo de este modo à tener una vida de un solitario Anacoreta.

En las visitas, que à su aposento le hacian algunos sugetos, en los tiempos de las recreaciones ordinarias de la Quiete, jamas permitia se mesclassen platicas, que oliessen à la mas leve murmuracion, ò resistiendo con pecho esforzado al que se deslizaba en este punto, si era persona inferior; ò mudando, si era Superior, con gracia, y prontitud, la conversacion; repitiendo en lances semejantes muchas veces, que valia mas una razon, aunque ligera ayudada de la charidad, que muchas en contra, para disculpar qualquiera falta en nuestros proximos; y concluyendo por ultimo recurso, con aquel: *Excusa intentionem, si non potest opus* que aconsejan los Doctores espirituales, y era muy usado en tales ocasiones del P. Pedro.

Mas que mucho disculpasse charitativo à aquellos sugetos, cuyas faltas no cedian en perjuycio alguno de el, quando aun à aquellos, que le agraviaban, era pronto à disculparlos. No se le ocultò algunas vezes, que motejaban sus acciones, y la vida retirada, que traia en su aposento, diciendo era solo por mirar à su propria commodidad; y jamas se le oyò quexa alguna de aquellos, que asì hablaban, antes bien los aplaudia siempre, que se presentaban ocaciones, y si podia los beneficiaba con mayor gusto, y empeño, siendo dicho comun suyo, que à los enemigos siempre se havia de retornar con quantos favores se pudiesse.

Provenia en el P. Pedro esta generosidad de animo del gran desprecio, que tenia de su persona, juzgandose por el mas infimo de todos, como lo acreditaba con palabras, y con obras: con aquellas, no pudiendo

diendo oír sin sonrojo alabanza alguna fuya, ò cosas  
las mas leves que cediessen en sus elogios; impidién-  
dolas luego al punto, con decir; que era una nada,  
pues en la realidad esto solo era delante de Dios: con  
estas, dedicandose al ministerio de la gente mas despre-  
ciable, y abatida, y sirviendo personalmente, quando  
se ofrecia ocasion, con notable gusto à sus inferiores.  
De este humilde desprecio, y humildad profunda nacia  
en él el horror tan grande, que tuvo toda su vida, à  
que la Religion lo ocupasse en algun cargo de Superior;  
y haviendole venido de Roma uno de nuestros Colegios,  
hizo al punto una propuesta tan eficaz y persuasiva,  
que se vieron los Superiores obligados à condescender  
con ella: y para cortar de raiz estos cargosos ascensos,  
que impedian à su humildad el ultimo lugar, que tanto  
apetecia, recurrió à nuestro P. General, proponiéndole  
en una submissa carta tales razones, dictadas de su  
humildad profunda, que no queriendo su Paternidad  
asfigirlo en adelante, ordenò, no se le propusiesse ya  
para cargo alguno de estos, al P. Pedro.

Y verdaderamente huvieran experimentado en él  
los Subditos un Padre todo amor, y charidad para con  
ellos, y un Superior todo vigilancia para el cumplimiento  
exacto de las obligaciones religiosas; pues al igual de su  
charidad para con los proximos, era el amor que te-  
nia à la Religion. Este le hacia sentir muy al vivo  
qualquier quebranto de sus leyes, y estatutos. Este le  
penetraba intimamente el corazon quando oía decir  
hablaban algunos emulos contra ella, ò le movian al-  
gunas persecuciones. Este lo arrastraba à estimar con  
mayor respeto à aquellos sùgetos, que con sus letras,  
y virtudes la acreditaban, y mirar con mas amor à  
aquellos de nuestros Jovenes estudiantes, de quienes  
por su virtud, juyzio y aplicacion al estudio, presumia

podian servir de lustre en adelante à sus ministerios. Este en fin le hacia acomodarle, y gustar tanto de nuestras religiosas modales, que parecia un Jesuita vaceado desde la cuna en sus religiosos moldes.

Pero si no lo fue desde su nacimiento al Mundo, lo fue desde el que logro en la Religion, renaciendo en ella por medio de la perfecta observancia de sus reglas, y continua mortificacion, assi del cuerpo, como del Alma. Afligia à aquel por sus propias manos, yà con frequentes disciplinas, y continuos asperos cilicios, que se encontraron, despues de su muerte, despedazados, y rotos, publicando con sus destrozos el que havian executado en su penitente cuerpo; yà con tan excessiva parcimonia en la comida, que siempre se levantaba de la mesa sin aquel alimento necesario, para mantenerse con fuerzas; yà en fin mezclando de continuo, al descuydo del compañero, una gran porcion de sal, que desazonasse la vianda: la que jamas le pareció mal guisada; por que su continua mortificacion parece llegò à ponerle en su boca el paladar de San Bernardo, como le decian por chiste algunos que quejandose tal vez, por no tan mortificados, del mal condimento de la vianda, oian no obstante al P. Pedro decir, no haverle parecido mala, y aun alabarla.

Mas era nada esta mortificacion de su cuerpo, comparada con aquella, que toleraba en lo interior de su Alma clavada por el espacio de toda su vida, en la pessadissima Cruz de importunos, menudissimos escrupulos, y combatida de molestas, porfiadas tentaciones, con que el Diablo permitiendolo Dios, para tener al P. Pedro en continuo exercicio de las virtudes, tan à rienda suelta lo afligia, que obligaba muchas vezes à su corazon, angustiado, à clamarle en alta voz à la Magestad divina, hiziesse yà cessar aquella importuna lucha,

cha, con que el enemigo comun tan rebelde, y obstinado lo molestaba. Esta cruel, porfiada batalla lo precisaba los mas de los dias à repetir varias, dolorosas confesiones, passando à vezes de quatro, y seis en el corto espacio de una sola noche: razon, por que le fue forzoso à su Confessor ordenarle seriamente usasse consigo aquellas solidas reglas que (como muy bien sabia, pues èl tambien las practicaba con algunos de sus penitentes, combatidos de esta tormenta) enseñan los Authores, para aquietar las fatigas, que atraen à las Almas devotas, semejantes tempestades; mas como èl en su concepto se reputaba por el mayor peccador, solo por obedecer à ciegas, à quien gobernaba su conciencia, se acomodaba à la practica de tales principios, y reglas.

Y à la verdad, no se puede dudar fuesse premio de esta su ciega obediencia, y humilde sujecion aquella serenidad tan extraña, que le diò Dios al tiempo de la gravedad de su accidente; pues siendole forzoso entonces disponerse para recibir el Viatico, lo executò ligeramente con tanta paz, y sosiego, que solo actuò las confesiones las dos vezes, que en esse tiempo recibió este pan de los Cielos, y la tarde del mismo dia; en que falleciò, por desear con ansias recibirlo otra vez al dia siguiente, si acaso amaneciesse con vida: en lo que no podia dexar de conocerse muy visiblemente, andaba allí la invisible poderosa mano de Dios, y que solo havia permitido esta porfiada, dilatadissima batalla de escrupulos, y tentaciones, por ver pelear animoso, y resistir esforzado, con los auxilios de su poderosa gracia, à una Alma humilde, y affigida, que solo deseaba con ansias agradar à su Magestad divina, en todas sus operaciones.

Indice de estos eficaces deseos puede ser, fuera  
de

de las otras heroycas obras, que hemos referido hasta aqui, la estricta puntual observancia de aquellas tres principales virtudes, que constituyen el distinguido caracter del estado religioso. Conociasse bien, amaba la pobreza como Madre, en el total despego, que tenia su corazon de los bienes de la tierra, sin permitir se le pegasse el afecto à alguno de ellos, ni mucho menos, se encontrasse en su aposento alhaja alguna, que no respirasse el olor de esta virtud. Haviendo puesto un sujeto en su aposento una cucharita de plata, paraque usasse de ella, quando fuesse necessario, se la volvió el P. Pedro, diciendole le bastaba à el para esnas necesidades una, que tenia de cobre, tan tosca, y excesivamente gruesa, que viendolo el proprio sujeto usar de ella en su enfermedad, con notable ineptitud para el oficio de comer, por lo gruesso de su labio, le rogò admitiessse prestada, si quiera para este tiempo, una de Laton, mas apta, por delgada, para poder coger con ella el tenue menudissimo alimento, que solo permitia su excesiva inapetencia, y notable repugnancia, se le serviesse. En lo que condescendió por fin, por conocer unicamente la necesidad de este mas proporcionado instrumento.

Sus vestidos, aunque siempre limpios, y compuestos, con religiosa moderacion, no estrañaban los remiendos, cuidandolos para la duracion, y apreciandolos, quanto mas toscos. Anduvo por mucho tiempo con una Sobreropa tan basta, y descolorida, que una persona piadosa, y allegada suya viendolo con traje tan despreciable, se valió del Superior, paraque le ordenasse, fuesse à la Roperia à tomar otra decente, que la propria persona, llevada del respeto, y amor que le tenia, le havia hecho disponer: en lo que vino el P. Pedro por mandarselo el Superior, bien que no teniendo valor, para apartar del todo de su persona, aquella apre-

apreciada insignia de su amadissima pobreza, permitiendoselo el Hermano Ropero, y dandole con gusto su licencia, por hechar de su oficina tan inutil despreciable trapo, llevò tambien consigo la vieja, tosca, y descolorida, para estar si quiera el tiempo que se hallasse en su aposento, vestido de librea tan desecha à los ojos de los hombres, pero preciosa à los de Dios. Era atildadissimo en pedir licencia para todas las cosas que usaba su moderacion; y no contento con la general, que pedia, y le daban los Superiores mayores, iba al principio de cada Mes al aposento del Padre Ministro, à pedirle su licencia, para el uso de las propias cosas.

El que assi amaba la pobreza, ya se vè quanto amaria aquella celestial virtud, que hace à los hombres Angeles en esta vida, traslando à ellos por imitacion, lo que estos gozan por naturaleza. Atraido desde sus tiernos años de la suave delicadissima fragancia, que exhala la virtud de la pureza, hizo voto, aun siendo niño, Colegial de San Martin, de observar perpetuamente castidad: el que ratificado despues en la profesion religiosa, fue siempre el esmero mas prolixo de sus cuidadosas atenciones. Por tanto conociendo bien se aja su delicadez, con el mas leve contagio, para ponerla lexos de todo insulto, huia cuidadoso de todos aquellos objetos, que pueden contaminarla. Evitaba siempre la familiaridad en el trato de las mugeres, aunque fuesen sus mas cercanas parientas; y quando era preciso hablarlas, era con tan gran recato, y modestia tan profunda, que jamas miraba fixamente al rostro de la persona à quien hablaba. Aplaudiendole en cierta ocacion un noble cortesano la hermosura, y belleza de que se miraba adornada una Sobrina del P. Pedro, le respondiò con ingenuidad, y encogimiento, que no le havia reparado el rostro: lo que dexò à dicha persona; no menos

edificada, que confundida, viendo que aun el parentesco tan cercano, no havia servidole al P. Pedro, de titulo decente para mirarla. Mas no es de estrañar esta su casta modestia, para con semejantes objetos, quando aun hablando à personas distantes de todo riesgo, era casi siempre con los ojos medios cerrados, ò convirtiendolos à otra parte, como se lo tenian observado aquellos mismos, con quienes algunas vezes trataba. Lo que executaria sin duda, para tenerlos habituados à aquella estricta custodia, en que los ponía su vigilancia, al conversar con personas, que pudiesen perturbar con alguna ingrata especie, el candor angelical de la pureza, tan amada de su limpio corazon.

Si era cuidadoso el P. Pedro en cerrar los ojos del cuerpo para guardar vigilante la castidad, era tambien mui solícito en cerrar los del Alma para obedecer à ciegas à quanto le mandaban, poniendo en execucion pronta, y perfecta, no solo las intimaciones de los Superiores legitimos, mas tambien las de aquellos, que tenian visos de semejante authoridad. Dianos exemplos de esta su pronta obediencia, no solo el tiempo que gozò de una perfecta salud, mas tambien el de su penosa enfermedad, en que siendo preciso aplicarle medicinas ingratas, y repugnantes; al oír de los enfermeros, era orden, y disposicion del Medico, baxaba luego su cabeza, tomandola con prontitud, y echandose las à pechos con resignada conformidad, sin oírsele otra palabra, que un sea por Dios, que afligia, contristaba, y entencia los corazones de los asistentes. La noche misma en que falleció, haviendole dicho, pocas horas antes de su tránsito, un sugeto que era preciso se quedasse en su aposento un Sacerdote, para socorrerle, y ayudarle, le rogò con instancias lo hiciesse retirar à su aposento, a donde él embiaria à llamarlo, si instasse la necesi-

cesi-



necesidad: mas replicandole el sugeto era disposicion de los Superiores, conformandose al punto con ella, vino gustoso en que se quedasse el Sacerdote; mas tambien pidiò, que ya que no podia librar à este de tal molestia, se le concediesse à lo menos librar de ella à toda la Comunidad, diciendole luego, sin asistencia de esta, con solos aquellos pocos sugetos, que alli se hallaban presentes, la recomendacion del Alma, à la que respondia con tierna encendida devocion.

Coronaba el P. Pedro estas heroycas virtudes con un tierno eficaz amor à Dios, à su Santissima Madre, y à N. P. S. Ignacio, fuera de otros varios Santos, à quienes procuraba obsequiar con devotas oraciones. Prueba incontestable de su amor para con Dios, es la vida que professò en la Religion, siempre ajustada à la menuda observancia de sus reglas, al cumplimiento exacto de sus votos: el zelo ardiente de la salvacion de las Almas, nunca interrumpido, y actuado siempre, hasta la ultima enfermedad, que le privò de las fuerzas, postrandolo en una cama: la charidad fervorosa con que atendia à los pobres: y desvalidos, como miembros del mismo Christo: la conformidad heroyca, y total indiferencia, con que acercandose yà al ultimo termino de la vida, se puso, y entregò en las manos de su Criador con tales veras, que ni apetecia la vida, ni repugnaba la muerte, deseoso solo de que en todo se executasse la voluntad divina, en cuya encendida fragua forjaba su amoroso pecho aquellas frequentes jaculatorias, con que à cada instante repetia, sea por Dios, hagase la voluntad de Dios. Dardos con que aun en su entera salud penetraba frequentemente los Cielos, quando se veia congojado de sus amargas tribulaciones.

El amor tierno à Maria Santissima respiraba, y se daba bien à conocer en varias dulces devociones con  
que

que además del Rosario, que rezaba todos los días arrodillado en la Iglesia ante uno de sus Altares, la procuraba captar: en los ayunos, y mortificaciones extraordinarias de cilicios, y disciplinas, las visperas todas de sus festividades: en los tiernos, amorosos coloquios, con que en sus aflicciones, y escrúpulos la invocaba, para que como estrella del Mar serenase las tempestades, que incessantes lo combatian: en los prolixos cuidados con que atendia à la solemnidad de sus Cultos, procurando à expensas de sus desvelos, se adornase con preciosos vestidos de exquisitas telas, è iluminase con varias luces, en todas las festividades de la Señora, un pequeño hermoso simulachro suyo, que se venera en la Capillita de nuestra Enfermeria; y haziendo se celebrasen en la Capilla grande de su Congregacion de la O. todas sus fiestas con solemnissima Pompa, para excitar mejor en sus nobles congregados, el amor à esta divina Reyna, como tambien lo executaba con sus Platicas, y palabras, en todos los que trataba.

Prueba en fin de su encendido amor para con nuestro esclarecido Patriarcha eran, no menos aquellas centellas de ternura, con que siempre se hacia lenguas de su sagrada Compania, y de su noble Instituto, juzgandose por indigno de vestirse de su divisa, y gozoso toda su vida de verse sin merito alguno suyo, agregado dichosamente à tan religioso cuerpo; que las quotidianas visitas, que le hacia las mañanas, y las tardes, arrodillado ante su magnifica, magestuosa estatua, expuesta à la comun veneracion en nuestra Iglesia, en un galante sumptuosissimo retablo. Pero donde mas se encendió este amoroso fuego, fue en las visperas de salir ya de las prisiones del cuerpo; pues avivandose entonces, con mayor ardor sus llamas, desató sus labios en tan dulces, afectuosos coloquios, para con el Santo Padre,

Padre, y en confianza tan segura, de que havia de interceder por él con la divina Magestad, que enternecia los corazones de los que se hallaron presentes : quienes al ver tan fogosa actividad, presumieron, con razon serian estas las ultimas llamaradas de su vida, pues con impetu tan grande se encaminaban velozes al fuego del grande Ignacio, para presentarse, en tan amable Compania, al centro apetecido de Nro. Dios, todo fuego por naturaleza.

Para que consiguiessé feliz, dicha tan grande el P. Pedro, como piadosamente cremos, dispuso antes este divino fuego purificarlo por largo tiempo, en el crysol de la molesta penosa enfermedad, que le consumió la vida. Empezò mas de un año antes de su fallecimiento, à sentir en sí tan grande inapetencia à la comida, que apenas probaba unos ligeros bocados, quando se sentia incapaz de proseguir, tomando los necesarios para mantener al cuerpo. Iba la escassès del alimento, fomentada de la causa, que lo excitaba, debilitando, y enflaqueciendo tan sensiblemente su penitente cuerpo, que se hazia mucho reparar de todos los que lo miraban. Solo el paciente no estrañaba esta debilidad y flaqueza, ò porque su agigantado espiritu le daba fuerzas para continuar siguiendo la Comunidad, ò porque su mortificacion, tan amada, le hacia gustosa la ruina de aquel cuerpo, que tratò siempre como à su mayor enemigo.

Llegò al fin à crecer en tanto grado aquella su inapetencia, que no pudiendo yà passar sin notable repugnancia, y mortales bascas el alimento, fue preciso ponerse en mano de los Medicos, para curarse. Junta-ronse los mas peritos que tiene esta Ciudad, quienes reputando al principio, por obstrucciones de estomago, à enemigo tan pernicioso, aplicaron para desalojarlo del

E

puer-

puesto, todas aquellas medicinas, que juzgaron mas convenientes, y eficaces; pero no cediendo à ninguna de ellas, antes bien tomando cada dia mayores fuerzas, llegó à declararse en una colera requemada, que causándole al enfermo una defenfrenada Disenteria, incapaz de atajarse con los mas prontos remedios; despues de haverlo consumido en el cuerpo, y aumentádole en el Alma un copioso caudal de nobles merecimientos, por la heroyca paciencia, y sufrimiento, con que tolerò constante sus molestísimas penalidades, desató por fin à esta de aquel, el dia 21. de Abril à las 9. y tres quartos de la noche, para que volasse libre à las manos de su Criador à los sesenta y seis años, tres meses, y ocho dias de su edad, cinquenta y un año de su religiosa vida, y treinta y seis de Profeso de quarto voto.

No bien empezaron nuestras campanas à las cinco de la mañana del siguiente dia, à publicar à la Ciudad la muerte del P. Pedro, quando correspondieron prontas à sus funestos clamores, las de la Iglesia del Seraphico P.S. Francisco, à quienes figuieron à las horas acostumbradas las de la Iglesia Cathedral, y demàs Sagradas Religiones, convidándose tambien todas ellas à competencia, à hacerle las exequias; mas prevaleció, en correspondencia sin duda de la humildad del Difunto, la humildísimas esclarecida Seraphica Familia; y contentándose las otras con el Responso, Missa solemne, y afsistencia personal de los mas ilustres miembros de sus religiosas Comunidades, le hizo la Pompa funeral la dicha Seraphica Familia, celebrando la Missa su exemplar dignísimo Provincial, y llevándole el compàz à la Musica su gravísimas Comunidad, con armonia tan pausada, lugubre, y circunspecta, que daba bien à conocer, era un vivo sentimiento de la pérdida de un Hermano de su religioso gremio, qual era el P. Pedro, por estar, tiempo havia, assentado en su

su Tercera Orden; como tambien luctuosa compania, que se dignaba hacer à nuestra Religion, profundamente condolidada, por la falta de tal hijo: añadiendo con fineza tan estimable la Religion Seraphica este eslabon mas à las preciosas cadenas con que tiene aprisionada à nuestra gratitud, su religiosa beneficencia.

Fue excesivo el concurso, que asistiò à nuestra Iglesia, no solo de la gente plebeya, mas tambien de sus principales Ciudadanos, premiando Dios, con tan solemne Pompa, aun en este Mundo, aquel humilde retiro con que procuraba en vida el P. Pedro, sepultarse à los ojos de los hombres, y huir, como de peste, de los aplausos del Mundo: los que en este dia se aumentaron con los gemidos de los pobres, que lloraban en el P. Pedro la muerte de un comun Padre, de un insigne benefactor, y de un hombre, que respetaba la Ciudad toda por un perfecto exemplar de estrictos observantes Religiosos, como lo acreditan con sus voces, pues aun viviendo lo apellidaban con el titulo de Santo, los que lo conocian, y trataban, por el alto concepto que se havian formado de la rectitud, observancia, y Religion de este Varon Apostolico.

Y parece que el mismo Cielo quiso, despues de su muerte, confirmar, y acreditar este bien fundado concepto, con uno de aquellos sucesos, que siendo meras contingencias en lo humano, son, no obstante, para Dios, muy prevenidos anuncios, con que suele su sabia, cuidadosa providencia confirmar aquellas estimaciones, que una exemplar religiosa vida haze formar à los que la ven, y experimentan, de ser verdaderos siervos suyos, y hallarse muy favorecidos de sus divinas manos aquellos, que salieron de este Mundo con esta reputacion. Fue el caso, que por este proprio tiempo en que falleciò el P. Pedro se halla el fervoroso charitativo zelo de los

Dipu-

Diputados del Hospital de San Bartholome, en que se curan los Morenos libres de esta Ciudad, empeñado noblemente en sacarlo, con un bien firme reparo, de la total espantosa ruyna, en que casi lo sepultò el fatal terremoto de 46. Mas no habiendo en sus escacissimas rentas suficientes fondos para empeño tan glorioso, recurriò la industriosa piedad de dichos Señores Diputados, à convidar à todos los vecinos con el interès de algunas fuertes, que dando à numero determinado de aquellos propios sugetos, que entrassen à ellas con la corta limosna de solo un real, la cantidad de 100. pesos, dexassen en el resto de lo demàs, que se juntasse, porcion competente de dinero, con que poder levantar, y poner en pie una obra de tan heroyca charidad.

Entre los muchos, que se determinaron à tener parte, assi en este piadoso reparo, como en sus propios alivios, fuè una persona pobre, y necesitada; quien deseosa de asegurarse en la suerte, movida en su interior de aquel respeto, y veneracion de hombre Santo, que havia siempre tenido del difunto, puso en la cedula con que entrò, en vez del Santo, con que comunmente se señala dicha cedula, el nombre del P. Pedro. Empezaron, el dia señalado para el sorteo, à sacarse de las innumerables que tenia juntas, y rebueltas en su seno el cantaro, donde se echan, las cedulas de aquellos, que habiendo concurrido con su limosna, debian completar el numero prefixo de los dichosos; quando, la primera que se presentò à los ojos de los Juezes, y oidos de todo el concurso, fuè la que havia señalado con el nombre del P. Pedro, aquella persona pobre, y necesitada; quien llena de regozijo de haver tomado tal Patron, quiso tambien explicar su gratitud, partiendo con el del dinero que le tocò, en varios Sacrificios, que mando decir por su Alma.

De

De este modo, al parecer, ha querido tambien el Cielo confirmar la opinion de Santidad, que han tenido del P. Pedro los Ciudadanos de esta Corte, y mostrar con este suceso, se halla su religiosa perfecta Alma, muy en las manos de Dios; pues estando en estas, segun la expresion del Real Propheta, las suertes todas de los hombres: *In manibus tuis sortes mee*; la primera que saliò de estas liberales manos para socorrer à un triste necesitado, fue la que estaba caracterizada con el nombre del P. Pedro, tan solícito, y cuydadoso, quando vivia en este mundo, de aliviar las necesidades de los pobres. Bien que, puede tambien juzgarse piadosamente que habiendo sido las suertes en el Hospital de S. Bartholome, en que se curan los negros miserables, y desvalidos, aquellas felices Almas de esta pobre desdichada gente, que se hallan habitando yà en los Cielos, pedirian à la divina Magestad, para muestra de su grata correspondencia, fuesse preferida, en llevarse el primer lugar entre todas las otras cedulas, aquella que en si gravaba el nombre de aquel varon Apostolico, que havia siempre preferido à los pobres Morenos en sus ministerios espirituales, confesandolos charitativos, perfeccionandolos en la christiandad las Almas, y disponiendolas fervoroso, para que lograsen felices el ultimo dicho fin de su eterna bienaventuranza.

*Psalmus*  
30. 16,

Esta es la gran pèrdida, que lloramos en la muerte del P. Pedro: la que, aunque no podamos dexar de reputarla por pèrdida, y pèrdida excesivamente grande para nosotros, mas para su dichosa Alma, fue sin duda una ventajosa ganancia: pues no puede dexar de ser feliz, y dichoso aquel Varon, que habiendo tenido en este Mundo una vida verdaderamente excelsa, la animò siempre al influxo de un humilde espiritu como asegura San Nilo: *Beatus cuius vita est excelsa; spiritus*

BA759

L799c

*autem humilis.* Excelſa fue por la nobleza de ſu nacimiento la vida del P. Pedro; excelfa, por la heroyca reſolucion, con que atropellando generoſo por las conveniencias, y honores, que con tan ſolidos fundamentos podia eſperar del mundo, ſe abrazò con Jeſus en la Cruz de ſu Compañia; excelfa, por ſus continuas mortificaciones en el cuerpo, y en el Alma; excelfa por ſus operaciones charitativas con los proximos; excelfa por ſus ministerios Apoſtolicos con los pobres y deſvalidos; excelfa, por la obſervancia eſtrieta de ſus votos, y conſtituciones; excelfa, por el amor encendido à Dios à ſu Santifſima Madre, y à otros Santos ſus devotos; excelfa finalmente por todas ſus religioſas virtudes: más toda eſta excelſitud ſe animò principalmente del eſpiritu, de una profunda humildad, de un heroyco abatimiento, y de un ſumo deſprecio, que tuvo ſiempre de ſu perſona. Y ſi ſegun el gran San Baſilio Obiſpo de Seleucia el fruto de eſta precioſa planta no es otro que el miſmo Cielo: *Humilitatis plantam diligamus, cuius fructus eſt Cælum,* debemos piadoſamente creer, ſe halla yà en eſta amena Region la humildiſſima Alma del P. Pedro, hartandose para ſiempre de tan ſazonado fruto. El que, juntamente con la imitacion de ſus religioſas virtudes, quiera la Divina Mageſtad concedernos. En las Santas Oraciones, y Sacrificios de VV. RR. mucho me encomiendo. Lima, y Junio 6. de 1759.

Muy Siervo de VV. RR.

Alonso Lobera.





